

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum Non praevalent*

Año LII, número 23 (2.670)

Ciudad del Vaticano

5 de junio de 2020

## EL RACISMO ES UN PECADO QUE NO PUEDE SER TOLERADO

Francisco rezó el rosario el día 31 de mayo en los Jardines Vaticanos por el mundo golpeado por la pandemia de coronavirus. A la cita espiritual se unieron numerosos santuarios católicos de todo el mundo conectados en directo a través de una gran pantalla. El Papa envió un saludo en español a los santuarios de América Latina.

En la audiencia general del miércoles, 3 de junio, el Pontífice señaló que el racismo es «un pecado que no podemos tolerar».

El Papa vuelve a rezar el Regina Caeli desde la ventana del Estudio privado

Ángelus

«Hoy que la plaza está abierta podemos volver, es un placer»: el Papa Francisco ha saludado así a los muchos fieles que, manteniendo una rigurosa distancia de seguridad, volvieron el 31 de mayo a reunirse en la plaza de San Pedro para asistir al Regina Caeli dominical rezado a mediodía por el Pontífice asomado a la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano. Una cita que faltaba desde hacía tres meses: de hecho, fue el 1 de marzo, el primer domingo de Cuaresma, la última vez en la que el Pontífice rezó el Ángelus de la forma tradicional. La semana siguiente, debido a la pandemia de covid-19, el obispo de Roma eligió hacerlo en la Biblioteca del Palacio para después saludar a los pocos fieles que lo vieron en la plaza a través de las pantallas gigantes. Desde entonces, la plaza había permanecido cerrada al público como parte de las restricciones implantadas para detener la difusión del virus y los fieles han podido seguir la cita mariana del domingo a través de los medios. El pasado domingo, las fuerzas del orden garantizaron el acceso a la plaza con seguridad y velaron por el cumplimiento de la distancia interpersonal. A continuación, publicamos las palabras que pronunció Francisco comentando el Evangelio de Pentecostés



# Las personas son más importantes que la economía

El Pontífice reza por los pobres de la Amazonia afectados por la pandemia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Ahora que la plaza está abierta, podemos volver. ¡Es un placer! Hoy celebramos la gran fiesta de Pentecostés, en memoria de la efusión del Espíritu Santo sobre la primera Comunidad Cristiana. El Evangelio de hoy (cf. Juan 20, 19-23) nos remite a la tarde de Pascua y nos muestra a Jesús resucitado que se aparece en el Cenáculo, donde se refugiaron los discípulos. Tenían miedo. «Se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros»» (v. 19). Estas primeras palabras que pronuncia el Resucitado: «La paz con vosotros», se deben considerar más que un saludo: expresan el perdón, el perdón concedido a los discípulos que, a decir verdad, lo habían abandonado. Son palabras de reconciliación y perdón. Y nosotros también, cuando deseamos la paz a los demás, estamos dando el perdón y pidiendo perdón también. Jesús ofrece su paz precisamente a estos discípulos que tienen miedo, a los que les cuesta creer lo que han visto, es decir, la tumba vacía, y que subestiman el testimonio de María Magdalena y de las otras mujeres. Jesús perdona, siempre perdona, y ofrece su paz a sus amigos. No lo olvidéis: Jesús nunca se cansa de perdonar. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón.

Al perdonar y reunir a los discípulos en torno a Sí mismo, Jesús hace de ellos una Iglesia, su Iglesia, que es una comunidad reconciliada y lista para la misión. Reconciliados y listos para la misión. Cuando una comunidad no está reconciliada, no

está lista para la misión: está lista para discutir dentro de sí misma, está lista para las [discusiones] internas. El encuentro con el Señor Resucitado transforma la existencia de los Apóstoles y los convierte en valientes testigos. De hecho, inmediatamente después dice: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (v. 21). Estas palabras dejan claro que los Apóstoles son enviados a prolongar la misma misión que el Padre ha confiado a Jesús. «Os envío»: no es tiempo de encerrarse, ni de lamentarse: de lamentarse recordando los «buenos tiempos», el tiempo pasado con el Maestro. La alegría de la Resurrección es grande, pero es una alegría expansiva, que no debe guardarse para sí mismo, es para darla. Los domingos de Pascua escuchamos primero este mismo episodio, luego el encuentro con los discípulos de Emaús, luego el Buen Pastor, los discursos de despedida y la promesa del Espíritu Santo: todo esto está orientado a fortalecer la fe de los discípulos —y también la nuestra— en vista de la misión.

Y precisamente para animar la misión, Jesús da a los Apóstoles su Espíritu. El Evangelio dice: «Sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo»» (v. 22). El Espíritu Santo es fuego que quema los pecados y crea hombres y mujeres nuevos; es fuego de amor con el que los discípulos pueden «incendiar el mundo»; ese amor tierno que prefiere a los pequeños, a los pobres, a los excluidos... En los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación hemos recibido el Espíritu Santo con sus dones: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor de Dios. Este último don —el temor de

Dios— es precisamente lo contrario del miedo que antes paralizaba a los discípulos: es el amor al Señor, es la certeza de su misericordia y bondad, es la confianza de que podemos avanzar en la dirección indicada por Él, sin perder nunca su presencia y su apoyo.

La fiesta de Pentecostés renueva la conciencia de que la presencia vivificante del Espíritu Santo habita en nosotros. También nos da el coraje de salir de los muros protectores de nuestros «cenáculos», de los grupos pequeños, sin detenernos en la vida tranquila o encerrarnos en hábitos estériles. Ahora elevemos nuestros pensamientos a María. Ella estaba allí, con los Apóstoles, cuando vino el Espíritu Santo, protagonista con la primera Comunidad de la admirable experiencia de Pentecostés, y le rogamos que obtenga para la Iglesia el ardiente espíritu misionero.

*Al finalizar el Regina Caeli, el Papa recordó el Sínodo de la Amazonia, que se concluyó hace siete meses, y el Día Nacional del Socorro celebrado por la Iglesia italiana. También habló de nuevo de la crisis provocada por el coronavirus.*

Queridos hermanos y hermanas:

Hace siete meses finalizó el Sínodo para la Amazonia; hoy, en la fiesta de Pentecostés, invocamos al Espíritu Santo para que dé luz y fuerza a la Iglesia y a la sociedad en la Amazonia, que ha sido duramente golpeada por la pandemia. Son muchos los contagiados y los fallecidos, incluso entre los pueblos indígenas, que son particularmente vulnerables. Por la interce-

sión de María, Madre de la Amazonia, rezo por los más pobres e indefensos de esa querida Región, pero también por los de todo el mundo, y hago un llamamiento para que a nadie le falte atención sanitaria. Para cuidar de la gente, no para ahorrar para la economía. Cuidar de las personas, que son más importantes que la economía. El pueblo es el templo del Espíritu Santo, no la economía.

Hoy en Italia celebramos el Día Nacional del Socorro, para promover la solidaridad con los enfermos. Renuevo mi agradecimiento a todos aquellos que, especialmente en este período, han ofrecido y ofrecen su testimonio de atención a los demás. Recuerdo con gratitud y admiración a todos los que, al apoyar a los enfermos en esta pandemia, han dado sus vidas. Recemos en silencio por los médicos, voluntarios, enfermeros, todos los trabajadores de la salud y muchos que han dado su vida durante este período.

Os deseo a todos un feliz domingo de Pentecostés. ¡Necesitamos tanto la luz y el poder del Espíritu Santo! La Iglesia nos necesita para caminar juntos y con coraje, dando testimonio del Evangelio. Y toda la familia humana los necesita, para salir de esta crisis más unidos, y no más divididos. Sabéis que de una crisis como ésta no se sale igual que se empieza: se sale o mejor o peor. Que tengamos el coraje de cambiar, de ser mejores, de ser mejores que antes y de poder construir de forma positiva la post-crisis de la pandemia.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto, ¡desde la plaza!

Mensaje por el 50º aniversario de la promulgación del Rito de la Consagración de las Vírgenes

# Mujeres de misericordia expertas en humanidad

«Que lo que está sucediendo en el mundo os sacuda: no cerréis los ojos y no huyáis, atravesad con delicadeza el dolor y el sufrimiento, perseverad en proclamar el Evangelio de la vida plena para todos». Lo escribió el Papa Francisco en un mensaje, datado el domingo 31 de mayo y difundido el lunes 1 de junio, con ocasión del 50º aniversario de la promulgación del Rito de la Consagración de las Vírgenes. Hace referencia a la pandemia de covid-19 que ha obligado a la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica a posponer el encuentro internacional convocado para celebrar la fecha. Publicamos, a continuación, el texto del Pontífice.

Queridas hermanas:

1. Hace cincuenta años la Sagrada Congregación para el Culto Divino, por mandato de san Pablo VI, promulgaba el nuevo Rito de la Consagración de las vírgenes. La pandemia aún en curso ha obligado a aplazar el encuentro internacional convocado por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica para celebrar este importante aniversario. Sin embargo, deseo igualmente unirme a vuestra acción de gracias por este «doble don del Señor a su Iglesia» —como os dijo san Juan Pablo II con ocasión del 25 aniversario—: el Rito renovado y un Ordo fidelium «restituido a la comunidad eclesial» (*Discurso a las participantes en el Congreso Internacional del Ordo virginum*, 2 junio 1995).

Vuestra forma de vida encuentra su primera fuente en el Rito, tiene su configuración jurídica en el can. 604 del Código de Derecho Canónico, y desde 2018 en la Instrucción *Ecclesiae Sponsae imago*. Vuestra llamada pone de relieve la inagotable y multiforme riqueza de los dones del Espíritu del Resucitado, que hace nuevas todas las cosas (cf. *Ap* 21, 5). Al mismo tiempo, es un signo de esperanza: la fidelidad del Padre pone aún hoy en el corazón de algunas mujeres el deseo de ser consagradas al Señor en la virginidad vivida en su ambiente social y cultural ordinario, arraigadas en una Iglesia particular, en una forma de vida antigua y al mismo tiempo nueva y moderna.

Acompañadas por los obispos, habéis profundizado en la especificidad de vuestra forma de vida consagrada, experimentando que la consagración os constituye en la Iglesia un *Ordo fidelium* particular.

Proseguid en este camino, colaborad con los obispos para encontrar serios itinerarios de discernimiento vocacional y de formación inicial y permanente. En efecto, el don de vuestra vocación se manifiesta en la sinfonía de la Iglesia, que se edifica cuando puede reconocer en vosotras mujeres capaces de vivir el don de la sororidad.

2. Cincuenta años después del Rito renovado, quisiera decirlos: ¡no

apaguéis la profecía de vuestra vocación! Estáis llamadas, no por mérito vuestro, sino por la misericordia de Dios, a hacer resplandecer en vuestra existencia el rostro de la Iglesia, Esposa de Cristo, que es virgen porque, a pesar de estar compuesta por pecadores, custodia íntegra la fe, concibe y hace crecer una humanidad nueva.

Juntamente con el Espíritu, con toda la Iglesia y con todos los oyentes de la Palabra, estáis invitadas a entregaros a Cristo y a decirle: «¡Ven!» (*Ap* 22, 17), para permanecer en la fuerza dada por su respuesta: «¡Sí, vengo pronto!» (*Ap* 22, 20). Esta visita del Esposo es el horizonte de vuestro camino eclesial, vuestra meta, la promesa que hay que acoger cada día. De este modo «podréis ser estrellas que orientan el camino del mundo» (*Benedicto XVI, Discurso a un grupo de vírgenes consagradas con ocasión del Segundo Congreso del "Ordo Virginum"*, 15 mayo 2008).

*La pandemia nos enseña que es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad*

Os invito a releer y meditar los textos del Rito, donde resume el sentido de vuestra vocación: estáis llamadas a experimentar y testimoniar que Dios, en su Hijo, nos ha amado primero, que su amor es para todos y tiene la fuerza de transformar a los pecadores en santos. En efecto, «Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra» (*Ef* 5, 25-26). Vuestra vida revelará la tensión escatológica que anima a toda la creación, que impulsa toda la historia y nace de la invitación del Resucitado: «Levántate, hermosa mía y vente» (cf. *Ct* 2, 10; Orígenes, *Homilías sobre el Cantar de los cantares* II,12).

3. La Homilía propuesta por el Rito de Consagración os exhorta: «Amad a todos y dad preferencia a los pobres» (n. 29). La consagración os reserva para Dios sin hacer os ajenas al ambiente donde vivís y en el que estáis llamadas a realizar vuestro propio testimonio en el estilo de la proximidad evangélica (cf. *Ecclesiae Sponsae imago*, 37-38).

Que vuestra consagración virginal, con esta cercanía específica a los hombres y mujeres de hoy, ayude a la Iglesia a amar a los pobres, a reconocer la pobreza material y espiritual, a socorrer a los más frágiles e indefensos, a los que sufren por la enfermedad física y psíquica, a los pequeños y a los ancianos, a los que corren el riesgo de ser descartados.

Sed mujeres de misericordia, expertas en humanidad. Mujeres que creen «en lo revolucionario de la ternura y del cariño» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288). La pandemia nos enseña que «es tiempo de eliminar las desigualdades, de repara-

rar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad» (*Homilía en la Celebración de la Divina Misericordia*, 19 abril 2020). Que lo que está sucediendo en el mundo os sacuda: no cerréis los ojos y no huyáis, atravesad con delicadeza el dolor y el sufrimiento, perseverad en proclamar el Evangelio de la vida plena para todos. La Oración de

autoridad de la caridad, para oponeros a la arrogancia y prevenir los abusos de poder.

4. En la solemnidad de Pentecostés, deseo bendecir a cada una de vosotras, así como a las mujeres que se están preparando para recibir esta consagración y a todas las que la recibirán en el futuro. «El Espíritu Paráclito es dado a la Iglesia como



consagración, que invoca para vosotras los dones multiformes del Espíritu, pide que viváis en una casta libertas (*Rito de la Consagración de las vírgenes*, 38).

Que este sea vuestro estilo de relación, para ser signo del amor esponsal que une a Cristo con la Iglesia, virgen madre, hermana y amiga de la humanidad. Con vuestra bondad (cf. *Flp* 4, 5), tejed relaciones auténticas, que rescaten a los barrios de vuestras ciudades de la soledad y del anonimato. Sed capaces de patería, pero mantened alejada la tentación del parloteo y del chisme. Tened la sabiduría, la iniciativa y la

principio inagotable de su alegría de esposa de Cristo glorificado» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Gaudete in Domino*, 29).

Como signo de la Iglesia esposa, que podáis ser siempre mujeres de la alegría, a ejemplo de María de Nazaret, mujer del *Magnificat*, madre del Evangelio viviente.

Roma, San Juan de Letrán, 31 de mayo de 2020, solemnidad de Pentecostés.

Franciscus

América Latina se convierte en epicentro de la pandemia

## La Iglesia al lado de los necesitados

La Organización Mundial de la Salud ha declarado al continente americano como nuevo epicentro de la pandemia de Covid-19. De los más de 5 millones de casos registrados en todo el mundo, casi la mitad se concentra en América. La situación en América Latina y los países del Caribe preocupa particularmente a los organismos internacionales. Allí han perdido la vida más de 40.000 personas por causas relacionadas con el coronavirus. Brasil, Perú y México son los países más afectados y concentran la mayor parte de los fallecidos de Latinoamérica y Chile está llegando al límite de su capacidad hospitalaria.

Al igual que en el resto del mundo, en América Latina la economía también está sufriendo daños muy graves como resultado de la pandemia. Según la Organización Interna-

cional del Trabajo (Petróleo) y la Comisión Económica para América Latina (Cepal), la crisis económica provocada por la Covid-19, que se suma a las grandes dificultades que existían en la mayoría de los países latinoamericanos, podría provocar 11,5 millones de nuevos desempleados en la región este año.

“

*Desde que comenzaron las restricciones para frenar la propagación del virus, se han intensificado y fortalecido las iniciativas de sensibilización e intercambio y las redes de comunicación para que la ayuda llegue a las personas que la necesitan*

En Colombia, en la diócesis de Málaga-Soatá, de Santander, se han organizado iniciativas de caridad en la región, como asistencia alimentaria, acceso a la salud y búsqueda de alojamiento, que han aliviado particularmente la situación de la población vulnerable y migrante.

Los sacerdotes y párrocos de esta circunscripción han promovido campañas de aliento y esperanza, con el fin de promover la solidaridad y la generosidad a nivel diocesano y por parte de las parroquias, con el objetivo de “que ninguno pase hambre

en la diócesis”. El sacerdote Luis Alfonso Hernández ha señalado que “esta es la misión de la Iglesia, es nuestra misión, nuestra responsabilidad, porque entendemos que la caridad es el corazón del Evangelio y sin él no habría sentido o razón de ser, lo que hacemos es lo que somos”.

Desde que comenzaron las restricciones para frenar la propagación del virus, se han intensificado y fortalecido las iniciativas de sensibilización e intercambio y las redes de comunicación para que la ayuda llegue a las personas que la necesitan, en particular los ancianos, los enfermos, las personas en prisión, Las familias más vulnerables, los migrantes, la población rural dispersa y los desempleados.

En este país, a nivel nacional, la Pastoral Social/Cáritas Colombiana (SNPS-CC) está siguiendo también con profunda preocupación la compleja emergencia sanitaria que ha afectado de forma particular a las cárceles del país. La Iglesia Católica desde hace mucho tiempo denuncia la crítica situación de las cárceles de Colombia, sin que se haya avanzado en las soluciones prometidas.

Mons. Héctor Fabio Henao, Director del SNPS-CC, ha señalado que la pandemia “ha agravado las condiciones de hacinamiento e insalubridad ya presentes en estos centros”. Y ha hecho un llamamiento de solidaridad para que la sociedad se sensibilice con la situación de las personas privadas de libertad, sus familias, el personal administrativo, los guardias y hacia todos aquellos que tienen la responsabilidad de atender a esta población. “La crisis humanitaria debe afrontarse en las estructuras correccionales, con medidas que respeten la dignidad humana y protejan la salud de los reclusos”, trabajando por la humanización de los centros penitenciarios, ha apuntado.

En Perú, la Iglesia Católica ha puesto a disposición todas sus estructuras, desde capillas, fraternidades, departamentos pastorales, oficinas de acción social, congregaciones, escuelas parroquiales hasta movimientos de voluntarios para ayudar a los más necesitados, afectados por la pandemia del coronavirus. Monseñor Miguel Cabrejos, presidente de la Conferencia Episcopal del Perú, en una entrevista con una emisora estatal local, invitó al Gobierno a crear alianzas. “Se trata de trabajar juntos para hacer frente a las emergencias”, señaló.

En este país, la crisis generada por el Covid-19 que está arrastrando a millones de personas a una situación de pobreza y miseria. Según la oficina nacional de procesos electorales, hay aproximadamente 9 millones de personas en Perú que viven en condiciones vulnerables y necesitan apoyo económico.

Los salesianos se han organizado para ayudar materialmente a los pobres, que ni siquiera tienen el mínimo para sobrevivir: “Ya durante las



primeras semanas de cuarentena para satisfacer las necesidades alimentarias surgidas en los diversos centros de acogida y otras necesidades que surgieron, organizamos inmediatamente grupos de emergencia para ayudar a los más humildes y marginados que se encuentran en áreas olvidadas”, ha señalado el padre Humberto Chávez, Vicario Provincial de la congregación salesiana en Lima. “En el delicado momento que estamos atravesando, se ven gestos de solidaridad que muestran la disposición a entregarse por el bien de los demás: no nos encerremos en casa con desesperación y preocupación, pensemos, en la medida de nuestras posibilidades, en continuar ayudando a quienes viven en una

condición difícil, en el sufrimiento”, ha añadido.

En Nicaragua, la Conferencia Episcopal ha invitado al régimen y a la oposición de Daniel Ortega a crear un consenso frente a la pandemia de Covid-19, para evitar una “gran catástrofe humana”, en un país marcado por la polarización política. “Instamos a los gobernantes y a todos los sectores del país a abrirse a alianzas y consensos, a buscar y encontrar alternativas y soluciones comunes que nos impidan nuevas catástrofes humanas” ha señalado los obispos nicaragüenses en un mensaje enviado “a las personas de buena voluntad”. Y han añadido: “Nada es más importante que la vida, la vida por encima de todo. Los problemas que surgen después de la pandemia son muchos”. También han subrayado que “lo más importante ahora es proteger la vida y que todos hagan lo que sea necesario y posible, preservar y proteger la vida de los demás, los más fuertes, los más generosos y compasivos, apoyar a los más débiles, los que tienen riquezas que multipliquen sus obras de misericordia para compartirlas con aquellos que no tienen nada”. Y han invitado a “todos, sin excepción”, a “privilegiar la asistencia a la vida, la vida sobre la economía, la vida sobre los intereses ideológicos”: “repetimos, la vida sobre todo”, han apuntado.

En Ecuador, los obispos han denunciado que aprovechar esta dolorosa situación para enriquecerse de manera fraudulenta “es un delito muy grave”. En una declaración titulada “Crisis y esperanza”, los preladados subrayan que “la grave crisis de salud ha puesto de relieve los defectos endémicos del estado que nunca se han abordado de manera clara y decisiva”.

En este contexto de fragilidad y desconfianza, la Iglesia ecuatoriana

“

*Los obispos también han reiterado su agradecimiento a todos los trabajadores de la salud y a todos los que han hecho un compromiso valiente y se han sacrificado para ayudar a las personas más afectadas por la emergencia. Y han invitado a todos los ciudadanos a emprender esta nueva etapa de reapertura con “seriedad y prudencia y responsabilidad”.*

ha instado a todos los actores sociales, políticos y económicos a enfrentar el presente con "decisión y transparencia en la búsqueda del bien común" y a asumir sus responsabilidades de una "manera clara, consensuada y ética, dejando de lado los intereses personales o del partido". Los obispos también han reiterado su agradecimiento a todos los trabajadores de la salud y a todos los que han hecho un compromiso valiente y se han sacrificado para ayudar a las personas más afectadas por la emergencia. Y han invitado a todos los ciudadanos a emprender esta nueva etapa de reapertura con "seriedad y prudencia y responsabilidad".

En Chile, la Conferencia Episcopal ha creado un "Servicio de Acompañamiento Espiritual Covid-19" para ayudar y mostrar solidaridad con las personas afectadas por la pandemia, pacientes, familiares y personal de salud, con la intención de aliviar, al menos en parte, El sufrimiento, la soledad, la angustia y el miedo que todas las los afectados experimentan a diario.

En la diócesis de Valparaíso se ha creado el programa "Acompañamiento Covid-19", bajo el lema "En Valparaíso, nadie se salva solo".

Cada martes se celebrará la "Misa por la pandemia", además se han habilitado números por teléfono y WhatsApp para aquellos interesados en el acompañamiento espiritual: pueden llamar y recibir una respuesta a sus inquietudes. El equipo involucrado en la respuesta tiene un sacerdote, un diácono, un grupo de religiosos y un grupo de laicos preparados. En Venezuela, los obispos y las organizaciones de la Iglesia Ca-

tólica que se ocupan de las poblaciones indígenas, han expresado su solidaridad y preocupación por la situación de los pueblos indígenas y se han hecho eco de "sus clamores, dolores y angustias".

A través de un comunicado han subrayado que se trata de "una situación desesperada que se agrava aún más con la aparición del Covid-



19". La pandemia y el aislamiento que se deriva de ella "viene a profundizar el grave deterioro de las condiciones de vida de los pueblos indígenas en general y de los amazónicos en particular, producto de la sistemática exclusión de sus derechos a los bienes y servicios necesarios para una vida digna". El documento subraya que la incertidumbre que genera la Pandemia "se suma a

la situación de abandono de los pueblos indígenas y al nefasto influjo de la explotación minera, con las consecuencias de evidentes peligros para el futuro de estos pueblos".

En algunas comunidades se realizan operativos de prevención y se exigen medidas de higiene sin garantizar el servicio de agua potable e ignorando además la precariedad

de combustible dificulta la comercialización de los productos agrícolas, pescados y artesanías, intensificando la ya precaria realidad que viven estas poblaciones.

En particular la situación educativa es alarmante: la falta de combustible impide a los estudiantes llegar a los establecimientos educativos, mientras que en la mayoría de las localidades no hay electricidad, ni señal de televisión ni de internet. La actividad minera desbocada produce incursiones violentas y armadas para oponerse a poblaciones que se resisten a ver destruidas sus tierras, sus aguas y sus culturas.

Los firmantes del documento, Episcopado venezolano (CEV), Consejo Misionero Nacional (COMINA), Red Eclesial Panamazónica (REPAM) de Venezuela, Obras Misionales Pontificias (OMP), Conferencia venezolana de los religiosos y de las religiosas (CONVER), Consejo nacional de laicos (CONALAI), exigen "en nombre del Dios de la Vida", "que se detenga esta barbarie", y "se realice ante la Pandemia un plan de atención para los pueblos indígenas".

También reconocen "el trabajo silencioso y heroico de tantos misioneros y misioneras quienes enfrentando dificultades inmensas, en medio de tantos sufrimientos y corriendo la misma suerte de nuestros hermanos indígenas, hacen presente el amor misericordioso de Dios que alimenta, cura, consuela y restablece la dignidad humana".

Las Iglesias locales de Honduras y Panamá se movilizan para ayudar a la población

## Responsabilidad frente a la pandemia

En Panamá, los Obispos de la Conferencia Episcopal se han unido espiritualmente en oración en el Santuario Mariano de Fátima para pedir el consuelo, la protección y el fortalecimiento de «Nuestra Señora del Cielo». Y han rezado por las familias, los médicos, el personal de enfermería y los voluntarios, con un llamado a las autoridades a la generosidad. También han pedido a los líderes de las naciones «que actúen con sabiduría, diligencia y generosidad en su ayuda a todos los necesitados». Los obispos han participado en la entrega de bonos solidarios y bolsas de alimentos a las familias necesitadas. «Es una oportunidad para la promoción y el compromiso social degente de buena voluntad, para que eviten la instrumentalización de las necesidades del pueblo, el clientelismo y el oportunismo. Estar vigilantes de las actuaciones de las autoridades es parte del compromiso evangélico, no como 'piedra en el zapato', sino como señal y luz que indiquen el camino correcto», señaló la Conferencia Episcopal. Además, monseñor Domingo Ulloa Mendieta, Arzobispo de Panamá sobrevoló sobre la Arquidiócesis en helicóptero para bendecir a los fieles el día de Domingo de Ramos. Fue un emotivo gesto en un momento en el que no se podían realizar misas con participación física de fieles debido a las restricciones para detener la propagación del virus. Al inicio de la ceremonia, el prelado se detuvo unos minutos en oración, arrodillándose ante el Santísimo Sacramento y ante una estatua de Santa María la Antigua, Patrona de Panamá. Luego llevó la custodia en procesión al helicóptero, seguido por dos soldados con la estatua mariana. El helicóptero se levantó entonces en vuelo y, permaneciendo a baja altura como signo de proximidad a la población, voló sobre el territorio. Ulloa exhortó a todos los

panameños a asumir «la propia responsabilidad» en la lucha contra la pandemia, quedándose en casa por su propio bien, el de los demás y por el de todo el país. Y envió un mensaje a los jóvenes que seguían la ceremonia desde sus casas: «Miren a los verdaderos héroes que salen a la luz en estos días, no son los que tienen fama, dinero y éxito, sino los que se ponen al servicio de los demás, donándose a sí mismos. Jóvenes, siéntanse llamados y no tengan miedo de gastar sus vidas por Dios y por los demás. En realidad, al hacerlo, ganarán la vida misma, porque ella es un regalo que se recibe donándose a sí mismos. La mayor alegría, de hecho, es amar incondicionalmente, como hizo Jesús en la Cruz, por nosotros». Finalmente, invitó a rezar por todos los enfermos y necesitados.

En Honduras, el cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga, arzobispo de Tegucigalpa, pidió a través de un mensaje de vídeo que tomen en serio la gravedad de esta pandemia y que respeten las medidas restrictivas, por el bien de todos. Y recordó que solamente un caso positivo de coronavirus contagió a miles de personas en un solo barrio de la capital. La Conferencia Episcopal del país hallado además, a través de un comunicado, a «fortalecer la conciencia cívica que obliga a observar las disposiciones biosanitarias que protegen la vida de los hondureños y apoyar el reclamo de sectores que claman sus derechos a ser protegidos». También han señalado que, una vez superada la emergencia sanitaria, «el país no puede volver al mismo camino de violencia, injusticia, pobreza, corrupción, violación de las leyes, consumismo y populismo vergonzante; sino que debe tener actitudes de esperanza con aportación de ideas, iniciativas creativas y justas que permitan enfrentar los desgastes y pérdidas causados por la pandemia».





# Camino misionero

Mensaje del Papa para la próxima Jornada mundial de las misiones que se celebrará el 18 de octubre

## La pandemia es un desafío para la Iglesia en salida

*«En este año, marcado por los sufrimientos y desafíos causados por la pandemia del covid-19», el «camino misionero de toda la Iglesia continúa a la luz de la palabra que encontramos en el relato de la vocación del profeta Isaías: «Aquí estoy, mandame»»: Es lo que escribe el papa francés en el mensaje —firmado el 31 de mayo, solemnidad de Pentecostés— para la 94ª Jornada mundial de las misiones, que se celebrará el 18 de octubre.*

«Aquí estoy, mandame» (Is 6, 8)

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias a Dios por la dedicación con que se vivió en toda la Iglesia el Mes Misionero Extraordinario durante el pasado mes de octubre. Estoy seguro de que contribuyó a estimular la conversión misionera de muchas comunidades, a través del camino indicado por el tema: "Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo". En este año, marcado por los sufrimientos y desafíos causados por la pandemia del covid-19, este camino misionero de toda la Iglesia continúa a la luz de la palabra que encontramos en el relato de la vocación del profeta Isaías: «Aquí estoy, mandame» (Is 6, 8). Es la respuesta siempre nueva a la pregunta del Señor: «¿A quién enviaré?» (*ibid.*). Esta llamada viene del corazón de Dios, de su misericordia que interpela tanto a la Iglesia como a la humanidad en la actual crisis mundial. «Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: "perecemos" (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos» (*Meditación en la Plaza San Pietro, 27 marzo 2020*). Estamos realmente asustados, desorientados y atemorizados. El dolor y la muerte nos hacen experimentar nuestra fragilidad humana; pero al mismo tiempo todos somos conscientes de que compartimos un fuerte deseo de vida y de liberación del mal. En este contexto, la llamada a la misión, la invitación a salir de nosotros mismos por amor de Dios y del prójimo se presenta como una oportunidad para compartir, servir e interceder. La misión que Dios nos confía a cada uno nos hace pasar del yo temeroso y encerrado al yo reencuentrado y renovado por el don de sí mismo.

En el sacrificio de la cruz, donde se cumple la misión de Jesús (cf. *Jn* 19, 28-30), Dios revela que su amor es para todos y cada uno de nosotros (cf. *Jn* 19, 26-27). Y nos pide nuestra disponibilidad personal para ser enviados, porque Él es Amor en un movimiento perenne de misión, siempre saliendo de sí mismo para dar vida. Por amor a los hombres, Dios Padre envió a su Hijo Jesús (cf. *Jn* 3, 16). Jesús es el Misionero del

Padre: su Persona y su obra están en total obediencia a la voluntad del Padre (cf. *Jn* 4, 34; 6, 38; 8, 12-30; *Hb* 10, 5-10). A su vez, Jesús, crucificado y resucitado por nosotros, nos atrae en su movimiento de amor; con su propio Espíritu, que anima a la Iglesia, nos hace discípulos de Cristo y nos envía en misión al mundo y a todos los pueblos.

«La misión, la "Iglesia en salida" no es un programa, una intención que se logra mediante un esfuerzo de voluntad. Es Cristo quien saca a la Iglesia de sí misma. En la misión de anunciar el Evangelio, te mueves porque el Espíritu te empuja y te trae» (*Sin Él no podemos hacer nada*, LEV-San Pablo, 2019, 16-17). Dios siempre nos ama primero y con este amor nos encuentra y nos llama. Nuestra vocación personal viene del hecho de que somos hijos e hijas de Dios en la Iglesia, su familia, hermanos y hermanas en esa caridad que Jesús nos testimonia. Sin em-

dinámica de la entrega de sí mismo: una semilla que madurará en los bautizados, como respuesta de amor en el matrimonio y en la virginidad por el Reino de Dios. La vida humana nace del amor de Dios, crece en el amor y tiende hacia el amor. Nadie está excluido del amor de Dios, y en el santo sacrificio de Jesús, el Hijo en la cruz, Dios venció el pecado y la muerte (cf. *Rm* 8, 31-39). Para Dios, el mal —incluso el pecado— se convierte en un desafío para amar y amar cada vez más (cf. *Mt* 5, 38-48; *Lc* 23, 33-34). Por ello, en el misterio pascual, la misericordia divina cura la herida original de la humanidad y se derrama sobre todo el universo. La Iglesia, sacramento universal del amor de Dios para el mundo, continúa la misión de Jesús en la historia y nos envía por doquier para que, a través de nuestro testimonio de fe y el anuncio del Evangelio, Dios siga manifestando su amor y pueda tocar y transformar corazones, mentes,

*Ahora, que tenemos la obligación de mantener la distancia física y de permanecer en casa, estamos invitados a redescubrir que necesitamos relaciones sociales, y también la relación comunitaria con Dios. Lejos de aumentar la desconfianza y la indiferencia, esta condición debería hacernos más atentos a nuestra forma de relacionarnos con los demás.*

bargo, todos tienen una dignidad humana fundada en la llamada divina a ser hijos de Dios, para convertirse por medio del sacramento del bautismo y por la libertad de la fe en lo que son desde siempre en el corazón de Dios.

Haber recibido gratuitamente la vida constituye ya una invitación implícita a entrar en la

caridad, sociedades y culturas, en todo lugar y tiempo.

La misión es una respuesta libre y consciente a la llamada de Dios, pero podemos percibirla sólo cuando vivimos una relación personal de amor con Jesús vivo en su Iglesia. Preguntémosnos: ¿Estamos listos para recibir la presencia del



Espíritu Santo en nuestra vida, para escuchar la llamada a la misión, tanto en la vía del matrimonio como de la virginidad consagrada o del sacerdocio ordenado, como también en la vida ordinaria de todos los días? ¿Estamos dispuestos a ser enviados a cualquier lugar para dar testimonio de nuestra fe en Dios, Padre misericordioso, para proclamar el Evangelio de salvación de Jesucristo, para compartir la vida divina del Espíritu Santo en la edificación de la Iglesia? ¿Estamos prontos, como María, Madre de Jesús, para ponernos al servicio de la voluntad de Dios sin condiciones (cf. *Lc* 1, 38)? Esta disponibilidad interior es muy importante para poder responder a Dios: "Aquí estoy, Señor, mandame" (cf. *Is* 6, 8). Y todo esto no en abstracto, sino en el hoy de la Iglesia y de la historia.

Comprender lo que Dios nos está diciendo en estos tiempos de pandemia también se convierte en un desafío para la misión de la Iglesia. La enfermedad, el sufrimiento, el miedo, el ais-

lamiento nos interpelan. Nos cuestiona la pobreza de los que mueren solos, de los desahuciados, de los que pierden sus empleos y salarios, de los que no tienen hogar ni comida. Ahora, que tenemos la obligación de mantener la distancia física y de permanecer en casa, estamos invitados a redescubrir que necesitamos relaciones sociales, y también la relación comunitaria con Dios. Lejos de aumentar la desconfianza y la indiferencia, esta condición debería hacernos más atentos a nuestra forma de relacionarnos con los demás. Y la oración, mediante la cual Dios toca y mueve nuestro corazón, nos abre a las necesidades de amor, dignidad y libertad de nuestros hermanos, así como al cuidado de toda la creación. La imposibilidad de reunirnos como Iglesia para celebrar la Eucaristía nos ha hecho compartir la condición de muchas comunidades cristianas que no pueden celebrar la Misa cada domingo. En este contexto, la pregunta que Dios hace: «¿A quién voy a enviar?», se renueva y espera nuestra respuesta generosa y convencida: «¡Aquí estoy, mandame!» (Is 6, 8). Dios continúa buscando a quién enviar al mundo y a cada pueblo, para testimoniar su amor, su salvación del pecado y la muerte, su liberación del mal (cf. *Mt* 9, 35-38; *Lc* 10, 1-12).

La celebración la Jornada Mundial de la Misión también significa reafirmar como la oración, la reflexión y la ayuda material de sus ofrendas son oportunidades para participar activamente en la misión de Jesús en su Iglesia. La caridad, que se expresa en la colecta de las celebraciones litúrgicas del tercer domingo de octubre, tiene como objetivo apoyar la tarea misionera realizada en mi nombre por las Obras Misionales Pontificias, para hacer frente a las necesidades espirituales y materiales de los pueblos y las iglesias del mundo entero y para la salvación de todos.

Que la Bienaventurada Virgen María, Estrella de la evangelización y Consuelo de los afligidos, Discípula misionera de su Hijo Jesús, continúe intercediendo por nosotros y sosteniéndonos.

Roma, San Juan de Letrán, 31 de mayo de 2020, Solemnidad de Pentecostés.

FRANCISCO



A los sacerdotes de Roma el Pontífice pide dejarse sorprender por la gracia del Resucitado y por la fuerza humilde y fiel del pueblo

## Profetas de un nuevo futuro

Coraje, discernimiento, esperanza para encontrar respuestas creativas a la crisis causada por la covid-19

*El Papa Francisco ha llamado a los sacerdotes de Roma a «anunciar y profetizar el futuro», recordando que la fase después de la pandemia requiere coraje, discernimiento y esperanza para «establecer un tiempo siempre nuevo: el tiempo del Señor». Francisco se ha dirigido directamente al clero de su diócesis —al que este año, precisamente por la crisis sanitaria, no ha podido encontrar como es tradición en el período cuaresmal— a través de una carta que se dio a conocer en la tarde del sábado 30 de mayo y que publicamos a continuación.*

Queridos hermanos:

En este tiempo pascual pensaba encontrarlos y celebrar juntos la Misa Crismal. Al no ser posible una celebración de carácter diocesano, les escribo esta carta. La nueva fase que comenzamos nos pide sabiduría, previsión y cuidado común de manera que todos los esfuerzos y sacrificios hasta ahora realizados no sean en vano. Durante este tiempo de pandemia muchos de vosotros habéis compartido conmigo, por correo electrónico o teléfono, lo que significaba esta imprevista y desconcertante situación. Así, sin poder salir y tomar contacto directo, me permitieron conocer “de primera mano” lo que vivían. Este intercambio alimentó mi oración, en muchas situaciones para agradecer el testimonio valiente y generoso que recibía de ustedes; en otras, era la súplica y la intercesión confiada en el Señor que siempre tiende su mano (cf. *Mateo* 14, 31). Si bien ha sido necesario mantener el distanciamiento social, esto no ha impedido reforzar el sentido de pertenencia, de comunión y de misión que nos ayudó a que la caridad, principalmente con aquellas personas y comunidades más desamparadas, no haya sido puesta en cuarentena. He podido constatar, en esos diálogos sinceros, cómo la necesaria distancia no era sinónimo de repliegue o ensimismamiento que anestesia, adormece o apaga la misión.

Animado por estos intercambios, os escribo porque quiero estar más cerca de vosotros para acompañar, compartir y confirmar vuestro camino. La esperanza también depende de nosotros y exige que nos ayudemos a mantenerla viva y operante; esa esperanza contagiosa que se nutre y fortalece en el encuentro con los demás y que, como don y tarea, se nos regala para construir esa nueva “normalidad” que tanto deseamos.

Os escribo mirando a la primera comunidad apostólica que también vivió momentos de confinamiento, aislamiento, miedo e incertidumbre. Pasaron cincuenta días entre la inmovilidad, el encierro y el anuncio incipiente que cambiaría para siempre sus vidas. Los discípulos, estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban por temor, fueron sorprendidos por Jesús que, poniéndose en medio de ellos, les dijo: “¡La paz con vosotros!”. Mientras decía esto, les mostró sus manos y su costado. Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor. Jesús les dijo de nuevo: “¡La paz con vosotros! Como el Padre me envió, también yo os envío”. Al decirles esto, soplo sobre ellos y añadió: “Recibid el Espíritu Santo” (*Juan* 20, 19-22). ¡Que también nosotros nos dejemos sorprender!

«Estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos» (*Juan* 20, 19).

Hoy, como ayer, sentimos que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y es-

peranzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (Const. past. *Gaudium et spes*, 1). ¡Cuánto sabemos de esto! Todos hemos oído los números y porcentajes que día a día nos asaltaban y palpamos el dolor de nuestro pueblo. Lo que llegaba no eran datos lejanos: las estadísticas tenían nombres, rostros, historias compartidas. Como comunidad presbiteral no hemos sido ajenos a esta realidad ni la hemos mirado desde la ventana y, empapados por la tormenta que golpea, vosotros os las habéis ingeniado para estar presentes y acompañar a vuestras comunidades: visteis venir el lobo y no huisteis ni abandonaron el rebaño (cf. *Juan* 10, 12-13).

Hemos sufrido la pérdida repentina de familiares, vecinos, amigos, parroquianos, confesores, referentes de nuestra fe. Hemos podido mirar el rostro desconsolado de quienes no pudieron acompañar y despedirse de los suyos en sus últimas horas. Hemos visto el sufrimiento y la impotencia de los trabajadores de la salud que, exte-

nace del Espíritu», nos preguntamos: «¿Cómo puede suceder eso?»; y Jesús nos respondió: «Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas?» (cf. *Juan* 3, 8-10).

La complejidad de lo que se debía enfrentar no aceptaba respuestas casuísticas ni de manual; pedía mucho más que fáciles exhortaciones o discursos edificantes incapaces de arraigar y asumir conscientemente todo lo que nos reclamaba la vida concreta. El dolor de nuestro pueblo nos ha dolido, sus incertidumbres nos han golpeado, nuestra fragilidad común nos ha despojado de toda falsa complacencia idealista o espiritualista, así como de todo intento de fuga puritana. Nadie es ajeno a todo lo que sucede. Podemos decir que vivimos comunitariamente la hora del llanto del Señor: hemos llorado ante la tumba del amigo Lázaro (cf. *Juan* 11, 35), ante la cerrazón de su pueblo (cf. *Lucas* 13, 14; 19, 41), en la noche oscura de Getsemaní (cf. *Marcos* 14, 32-42; *Lucas* 22, 44). Es la hora también del llanto del discípulo ante el misterio de la Cruz y del mal que afecta a tantos inocentes. Es el llanto amargo de Pedro ante la negación (cf. *Lucas* 22, 62), el de María Magdalena ante el sepulcro (cf. *Juan* 20, 11).

Sabemos que en tales circunstancias no es fácil encontrar el camino a seguir, ni tampoco faltarán las voces que digan todo lo que se podría haber hecho ante esta realidad altamente desconocida. Nuestros modos habituales de relacionarnos, organizar, celebrar, rezar, convocar e incluso afrontar los conflictos han sido alterados y cuestionados por una presencia invisible que transformó nuestra cotidianidad en desdicha. No se trata solamente de un hecho individual, familiar, de un determinado grupo social o de un país. Las características del virus hacen que las lógicas con las que estábamos acostumbrados a dividir o clasificar la realidad desaparezcan. La pandemia no conoce de adjetivos ni fronteras y nadie puede pensar en arreglárselas solo. Todos estamos afectados e implicados.

La narrativa de una sociedad de la profilaxis, imperturbable y siempre dispuesta al consumo indefinido fue puesta en cuestión develando la falta de inmunidad cultural y espiritual ante los conflictos. Un sinfín de nuevos y viejos interrogantes y problemáticas —que muchas regiones creían superados o los consideraban cosas del pasado— han copado el horizonte y la atención. Preguntas que no se responderán simplemente con la reapertura de las distintas actividades, sino que será imprescindible desarrollar una escucha atenta pero esperanzadora, serena pero tenaz, constante pero no ansiosa que pueda preparar y allanar los caminos que el Señor nos invite a transitar (cf. *Marcos* 1, 2-3). Sabemos que de la tribulación y de las experiencias dolorosas no se sale igual. Tenemos que velar y estar atentos. El mismo Señor, en su hora crucial, rezó por esto: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno» (*Juan* 17, 15). Expuestos y afectados personal y comunitariamente en nuestra vulnerabilidad y fragilidad y en nuestras limitaciones corremos el grave riesgo de replegarnos y quedar “rumiando” la desolación que la pandemia nos presenta, así como exacerbarnos en un optimismo ilimitado incapaz de asumir la magnitud de los acontecimientos (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 226-228).

Las horas de tribulación ponen en juego nuestra capacidad de discernimiento para descubrir cuáles son las tentaciones que amenazan atraparnos en una atmósfera de desconcierto y confusión, para luego hacernos caer en derroteros que impedirán a nuestras comunidades promover la



vida nueva que el Señor Resucitado nos quiere regalar. Son varias las tentaciones, propias de este tiempo, que pueden engeguernarnos y hacernos cultivar ciertos sentimientos y actitudes que no dejan que la esperanza impulse nuestra creatividad, nuestro ingenio y nuestra capacidad de respuesta. Desde querer asumir honestamente la gravedad de la situación, pero tratar de resolverla solamente con actividades sustitutivas o paliativas a la espera de que todo vuelva a "la normalidad", ignorando las heridas profundas y la cantidad de caídos del tiempo presente; hasta quedar sumergidos en cierta nostalgia paralizante del pasado cercano que nos hace decir "ya nada será lo mismo" y nos incapacita para convocar a otros a soñar y elaborar nuevos caminos y estilos de vida.

«Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz con vosotros". Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Juan 20, 19-20).

El Señor no eligió ni buscó una situación ideal para irrumpir en la vida de sus discípulos. Ciertamente, nos hubiera gustado que todo lo sucedido no hubiera pasado, pero pasó; y como los discípulos de Emaús, también podemos quedarnos murmurando entristecidos por el camino (cf. Lucas 24, 13-21). Presentándose en el cenáculo con las puertas cerradas, en medio del confinamiento, el miedo y la inseguridad que vivían, el Señor fue capaz de alterar toda lógica y regalarles un nuevo sentido a la historia y a los acontecimientos. Todo tiempo vale para el anuncio de la paz, ninguna circunstancia está privada de su gracia. Su presencia en medio del confinamiento y de forzadas ausencias anuncia, para los discípulos de ayer como para nosotros hoy, un nuevo día capaz de cuestionar la inamovilidad y la resignación, y de movilizar todos los dones al servicio de la comunidad. Con su presencia, el confinamiento se volvía fe-cundo gestando la nueva comunidad apostólica.

Digámoslo confiados y sin miedo: «La ley, en verdad, intervino para que abundara el delito; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Romanos 5, 20). No le tengamos miedo a los escenarios complejos que habitamos porque allí, en medio nuestro, está el Señor; Dios siempre ha hecho el milagro de engendrar buenos frutos (cf. Juan 15, 5). La alegría cristiana nace precisamente de esta certeza. En medio de las contradicciones y de lo incomprensible que a diario debemos enfrentar, inundados y hasta aturdidos de tantas palabras y conexiones, se esconde esa voz del Resucitado que nos dice: «¡La paz con vosotros!».

Reconforta tomar el Evangelio y contemplar a Jesús en medio de su pueblo asumiendo y abrazando la vida y las personas tal como se presentan. Sus gestos le dan vida al hermoso canto de María: «Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. 52. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes» (Lucas 1, 51-52). Él mismo ofreció sus manos y su costado llagado como camino de resurrección. No esconde ni disfraza o disimula las llagas; es más, invita a Tomás a hacer la prueba de cómo un costado herido puede ser fuente de Vida en abundancia (cf. Juan 20, 27-29).

En varias ocasiones, como acompañante espiritual, he podido ser testigo de que «la persona que ve las cosas como son realmente, se deja traspasar por el dolor y llora en su corazón, es capaz de tocar las profundidades de la vida y de ser auténticamente feliz. Esa persona es consolada, pero con el consuelo de Jesús y no con el del mundo. Así puede atreverse a compartir el sufrimiento ajeno y deja de huir de las situaciones dolorosas. De ese modo encuentra que la vida tiene sentido so-corriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás. Esa persona siente que el otro es carne de su carne, no teme acercarse hasta tocar su herida, se compe-dece hasta experimentar que las distancias se borran. Así es posible acoger aquella exhortación de san Pablo: "Llorad con los que lloran" (Rm 12, 15). Saber llorar con los demás, esto es santidad» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 76).

«Jesús les dijo otra vez: "La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío".

Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo"» (Juan 20, 22).

Queridos hermanos: Como comunidad presbiteral estamos llamados a anunciar y profetizar el futuro como el centinela que anuncia la aurora que trae un nuevo día (cf. Isaías 21, 11); o será algo nuevo o será más, mucho más y peor de lo mismo. La Resurrección no es sólo un acontecimiento histórico del pasado para recordar y celebrar; es más, mucho más: es el anuncio de salvación de un tiempo nuevo que resuena y ya irrumpen hoy: «ya está en marcha, ¿no lo reconocéis?» (Isaías 43, 19); es el porvenir que el Señor nos invita a construir. La fe nos permite una realista y creativa imaginación capaz de abandonar la lógica de la repetición, sustitución o conservación; nos invita a instaurar un tiempo siempre nuevo: el tiempo del Señor. Si una presencia invisible, silenciosa, expansiva y viral nos cuestionó y trastornó, dejemos que sea esa otra Presencia discreta,



respetuosa y no invasiva la que nos vuelva a llamar y nos enseñe a no tener miedo de enfrentar la realidad. Si una presencia intangible ha sido capaz de alterar y revertir las prioridades y las aparentes e inamovibles agendas globales que tanto asfixian y devastan a nuestras comunidades y a nuestra hermana tierra, no tengamos miedo de que sea la presencia del Resucitado la que nos trace el camino, abra horizontes y nos dé el coraje para vivir este momento histórico y singular. Un puñado de hombres temerosos fue capaz de iniciar una corriente nueva, anuncio vivo del Dios con nosotros. ¡No teman! «La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 109).

Dejemos que nos sorprenda una vez más el Resucitado. Que sea Él desde su costado herido, signo de lo dura e injusta que se vuelve la realidad, quien nos impulse a no darle la espalda a la dura y difícil realidad de nuestros hermanos. Que sea Él quien nos enseñe a acompañar, cuidar y vendar las heridas de nuestro pueblo, no con temor sino con la audacia y el derroche evangélico de la multiplicación de los panes (cf. Mateo 14, 13-21); con la valentía, premura y responsabilidad del samaritano (cf. Lucas 10, 33-35); con la alegría y la fiesta

del pastor por su oveja perdida y encontrada (cf. Lucas 15, 4-6); con el abrazo reconciliador del padre que sabe de perdón (cf. Lucas 15, 20); con la piedad, delicadeza y ternura de María en Betania (cf. Juan 12, 1-3); con la mansedumbre, paciencia e inteligencia del discípulo del Señor (cf. Mateo 10, 16-23). Que sean las manos llagadas del Resucitado las que consuelen nuestras tristezas, pongan de pie nuestra esperanza y nos impulsen a buscar el Reino de Dios más allá de nuestros refugios convencionales. Dejémosnos sorprender también por nuestro pueblo fiel y sencillo, tantas veces probado y lacerado, pero también visitado por la misericordia del Señor. Que ese pueblo nos enseñe a moldear y templar nuestro corazón de pastor con la mansedumbre y la compasión, con la humildad y la magnanimidad del aguante activo, solidario, paciente pero valiente, que no se desentende, sino que desmiente y desenmascara todo escepticismo y fatalidad. ¡Cuánto para aprender de la fuerza del Pueblo fiel de Dios que siem-

pre encuentra el camino para socorrer y acompañar al que está caído! La Resurrección es el anuncio de que las cosas pueden cambiar. Dejemos que sea la Pascua, que no conoce fronteras, la que nos lleve creativamente a esos lugares donde la esperanza y la vida están en lucha, donde el sufrimiento y el dolor se vuelven espacio propicio para la corrupción y la especulación, donde la agresión y la violencia parecen ser la única salida.

Como sacerdotes, hijos y miembros de un pueblo sacerdotal, nos toca asumir la responsabilidad por el futuro y proyectarlo como hermanos. Pongamos en las manos llagadas del Señor, como ofrenda santa, nuestra propia fragilidad, la fragilidad de nuestro pueblo, la de la humanidad entera. El Señor es quien nos transforma, quien nos trata como el pan, toma nuestra vida en sus manos, nos bendice, parte y comparte, y nos entrega a su pueblo. Y con humildad dejémosnos ungir por esas palabras de Pablo para que se propaguen como óleo perfumado por los distintos rincones de nuestra ciudad y despierten así la discreta esperanza que muchos –silenciosamente– albergan en su corazón: «Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Corintios 4, 8-10). Participamos con Jesús de su pasión, nuestra pasión, para vivir también con Él la fuerza de la resurrección: certeza del amor de Dios capaz de movilizar las entrañas y salir al cruce de los caminos para compartir "la Buena Noticia con los pobres, para anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" (cf. Lucas 4, 18-19), con la alegría de que todos ellos pueden participar activamente con su dignidad de hijos del Dios vivo.

Todas estas cosas que he pensado y he sentido durante este tiempo de pandemia quiero compartirlas fraternalmente con vosotros para que nos ayuden en el camino de la alabanza al Señor y del servicio a los hermanos. Deseo que a todos nos sirvan para "amar y servir más".

Que el Señor Jesús os bendiga y la Virgen Santa os cuide. Y, por favor, os pido que no os olvidéis de rezar por mí.

Fraternalmente,

FRANCISCO

Roma, en San Juan de Letrán, 31 de mayo de 2020, solemnidad de Pentecostés.

En la solemnidad de Pentecostés el Pontífice celebra la misa en la basílica Vaticana

# Que el Espíritu nos sane de la carestía de esperanza

*La mañana del 31 de mayo, domingo de Pentecostés, el Papa Francisco celebró la misa en el altar de la Cattedra, en la basílica de San Pedro. Publicamos, a continuación, la homilía que el Pontífice pronunció después de la proclamación del Evangelio.*

«Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu» (1 Co 12, 4). Así escribe el apóstol Pablo a los corintios; y continúa diciendo: «Hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios» (vv. 5-6). Diversidad y unidad: San Pablo insiste en juntar dos palabras que parecen contraponerse. Quiere indicarnos que el Espíritu Santo es la unidad que reúne a la diversidad; y que la Iglesia nació así: nosotros, diversos, unidos por el Espíritu Santo.

Vayamos, pues, al comienzo de la Iglesia, al día de Pentecostés. Y fijémosnos en los Apóstoles: muchos de ellos eran gente sencilla, pescadores, acostumbrados a vivir del trabajo de sus propias manos, pero estaba también Mateo, un instruido recaudador de impuestos. Había orígenes y contextos sociales diferentes, nombres hebreos y nombres griegos, caracteres mansos y otros impetuosos, así como puntos de vista y sensibilidades distintas. Todos eran diferentes. Jesús no los había cambiado, no los había uniformado y convertido en ejemplares producidos en serie. No. Había dejado sus diferencias y, ahora, ungiéndolos con el Espíritu Santo, los unió. La unión —la unión de la diversidad— se realiza con la unción. En Pentecostés los Apóstoles comprendieron la fuerza unificadora del Espíritu. La vieron con sus propios ojos cuando todos, aun hablando lenguas diferentes, formaron un solo pueblo: el pueblo de Dios, plasmado por el Espíritu, que entretreje la unidad con nuestra diversidad, y da armonía porque en el Espíritu hay armonía.

Pero volviendo a nosotros, la Iglesia de hoy, podemos preguntarnos: «¿Qué es lo que nos une, en qué se fundamenta nuestra unidad?». También entre nosotros existen diferencias, por ejemplo, de opinión, de elección, de sensibilidad. Pero la tentación está siempre en querer defender a capa y espada las propias ideas, considerándolas válidas para todos, y en llevarse bien sólo con aquellos que piensan igual que nosotros. Y esta es una fea tentación que divide. Pero esta es una fe construida a nuestra imagen y no es lo que el Espíritu quiere. En consecuencia, podríamos pensar que lo que nos une es lo mismo que creemos y la misma forma de comportarnos. Sin embargo, hay mucho más que eso: nuestro principio de unidad es el Espíritu Santo. Él nos recuerda que, ante todo, somos hijos amados de Dios; todos iguales, en esto, y todos diferentes. El Espíritu desciende sobre nosotros, a pesar de todas nuestras diferencias y miserias, para manifestarnos que tenemos un solo Señor, Jesús, y un solo Padre, y que por esta razón somos hermanos y hermanas. Empecemos de nuevo desde aquí, miremos a la Iglesia como la mira el Espíritu, no como la mira el mundo. El mundo nos ve de derechas y de izquierdas, de esta o de aquella ideología; el Espíritu no ve del Padre y de Jesús. El mundo ve conservadores y progresistas; el Espíritu ve hijos de Dios. La mirada mundana ve estructuras que hay que hacer más eficientes; la mirada espiritual ve hermanos y hermanas mendigos de misericordia. El Espíritu nos ama y conoce el lugar que cada uno tiene en el conjunto: para

Él no somos confeti llevado por el viento, sino teclas irremplazables de su mosaico.

Regresemos al día de Pentecostés y descubramos la primera obra de la Iglesia: el anuncio. Y, aun así, notamos que los Apóstoles no preparaban ninguna estrategia; cuando estaban encerrados allí, en el cenáculo, no elaboraban una estrategia, no, no preparaban un plan pastoral. Podrían haber repartido a las personas en grupos, según sus distintos pueblos de origen, o dirigirse primero a los más cercanos y, luego, a los lejanos; también hubieran podido esperar un poco antes de comenzar el anuncio y, mientras tanto, profundizar en las enseñanzas de Jesús, para evitar riesgos, pero no. El Espíritu no quería que la memoria del Maestro se cultivara en grupos cerrados, en cenáculos donde se toma gusto a “hacer el nido”. Y esta es una fea enfermedad que puede entrar en la Iglesia: la Iglesia no como comunidad, ni familia, ni madre, sino como nido. El Espíritu abre, reaviva, impulsa más allá de lo que ya fue dicho y fue hecho. Él lleva más allá de los ámbitos de una fe tímida y desconfiada. En el mundo, todo se viene abajo sin una planificación sólida y una estrategia calculada. En la Iglesia, por el contrario, es el Espíritu quien garantiza la unidad a los que anuncian. Por eso, los apóstoles se lan-

de cómo entendemos a Dios. Si tenemos en mente a un Dios que arrebatara, que se impone, también nosotros quisiéramos arrebatar e imponernos: ocupando espacios, reclamando relevancia, buscando poder. Pero si tenemos en el corazón a un Dios que es don, todo cambia. Si nos damos cuenta de que lo que somos es un don suyo, gratuito e inmerecido, entonces también a nosotros nos gustaría hacer de la misma vida un don. Y así, amando humildemente, sirviendo gratuitamente y con alegría, daremos al mundo la verdadera imagen de Dios. El Espíritu, memoria viviente de la Iglesia, nos recuerda que nacimos de un don y que crecemos dándonos; no preservándonos, sino entregándonos sin reservas.

Queridos hermanos y hermanas: Examinemos nuestro corazón y preguntémosnos qué es lo que nos impide darnos. Decimos que tres son los principales enemigos del don: tres, siempre agazapados en la puerta del corazón: el narcisismo, el victimismo y el pesimismo. El narcisismo, que lleva a la idolatría de sí mismo y a buscar sólo el propio beneficio. El narcisista piensa: “La vida es buena si obtengo ventajas”. Y así llega a decirse: “¿Por qué tendría que darme a los demás?”. En esta pandemia, cuánto duele el narcisismo, el preocuparse de las propias necesidades, indiferente a las de los demás, el no admitir las propias fragilidades y errores. Pero también el segundo enemigo, el victimismo, es peligroso. El victimista está siempre quejándose de los demás: “Nadie me entiende, nadie me ayuda, nadie me ama, ¡jéstán todos contra mí!”.

¡Cuántas veces hemos escuchado estas lamentaciones! Y su corazón se cierra, mientras se pregunta: “¿Por qué los demás no se donan a mí?”. En el drama que vivimos, ¡qué grave es el victimismo! Pensar que no hay nadie que nos entienda y sienta lo que vivimos. Esto es el victimismo. Por último, está el pesimismo. Aquí la letanía diaria es: “Todo está mal, la sociedad, la política, la Iglesia...”. El pesimista aremete contra el mundo entero, pero permanece apático y piensa: “Mientras tanto, ¿de qué sirve darse? Es inútil”. Y así, en el gran esfuerzo que supone comenzar de nuevo, qué dañino es el pesimismo, ver todo negro y repetir que nada volverá a ser como antes. Cuando se piensa así, lo que seguramente no regresa es la esperanza. En estos tres —el ídolo narcisista del espejo, el dios espejo; el dios-lamentación: “me siento persona cuando me lamento”; el dios-negatividad: “todo es negro, todo es oscuridad”— nos encontramos ante una carestía de esperanza y necesitamos valorar el don de la vida, el don que es cada uno de nosotros. Por esta razón, necesitamos el Espíritu Santo, don de Dios que nos cura del narcisismo, del victimismo y del pesimismo, del dios del espejo, de la lamentación y de la oscuridad.



zan, poco preparados, corriendo riesgos; pero salen. Un solo deseo los anima: dar lo que han recibido. Es hermoso el comienzo de la Primera Carta de San Juan: “Eso que hemos recibido y visto lo anunciamos” (cf. 1, 3).

Finalmente llegamos a entender cuál es el secreto de la unidad, el secreto del Espíritu. El secreto de la unidad en la Iglesia, el secreto del Espíritu es el don. Porque Él es don, vive donándose a sí mismo y de esta manera nos mantiene unidos, haciéndonos partícipes del mismo don. Es importante creer que Dios es don, que no actúa tomando, sino dando. ¿Por qué es importante? Porque nuestra forma de ser creyentes depende

de cómo entendemos a Dios. Si tenemos en mente a un Dios que arrebatara, que se impone, también nosotros quisiéramos arrebatar e imponernos: ocupando espacios, reclamando relevancia, buscando poder. Pero si tenemos en el corazón a un Dios que es don, todo cambia. Si nos damos cuenta de que lo que somos es un don suyo, gratuito e inmerecido, entonces también a nosotros nos gustaría hacer de la misma vida un don. Y así, amando humildemente, sirviendo gratuitamente y con alegría, daremos al mundo la verdadera imagen de Dios. El Espíritu, memoria viviente de la Iglesia, nos recuerda que nacimos de un don y que crecemos dándonos; no preservándonos, sino entregándonos sin reservas.

Hermanos y hermanas, pidámoslo: Espíritu Santo, memoria de Dios, reaviva en nosotros el recuerdo del don recibido. Libranos de la parálisis del egoísmo y enciende en nosotros el deseo de servir, de hacer el bien. Porque peor que esta crisis, es solamente el drama de desaprovecharla, encerrándonos en nosotros mismos. Ven, Espíritu Santo, Tú que eres armonía, haznos constructores de unidad; Tú que siempre te das, concédenos la valentía de salir de nosotros mismos, de amarnos y ayudarnos, para llegar a ser una sola familia. Amén.

Motu proprio  
**ASEGURAR  
 TRANSPARENCIA,  
 CONTROL Y  
 CONCURRENCIA**

**P**ara asegurar transparencia, control y concurrencia en los procedimientos de adjudicación de los contratos públicos de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano, el Papa Francisco ha promulgado —mediante la publicación el lunes 1 de junio en «L'Osservatore Romano»— un Motu proprio que entrará en vigor dentro de treinta días.

El documento —explica un comunicado de la Oficina de prensa de la Santa Sede— es el fruto de un trabajo sinérgico coordinado por la Secretaría de Estado y los diferentes entes de la Curia Romana, entre ellos, el Consejo para la Economía, la Secretaría para la Economía, la Administración del Patrimonio de la Santa Sede Apostólica y la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano.

Se trata de un código único, que supera la regulación actual en vigor ante algunas realidades determinadas y se aplica ahora a todos los entes de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano. La normativa se inscribe en la legislación internacional más avanzada en la materia. El principio inspirador del nuevo texto es la diligencia del buen padre de familia, que desea una gestión eficaz y ética de los propios recursos, que favorezca al mismo tiempo la transparencia, el control y un tratamiento equitativo de la concurrencia real entre cuantos desean establecer una relación económica con los entes interesados.

«La economía mundial —escribe el Papa— y una creciente interdependencia han dado lugar a la posibilidad de obtener considerables ahorros como resultado de la operatividad de múltiples oferentes de bienes y servicios». Y añade Francisco: «Estas posibilidades deben utilizarse sobre todo en la gestión de los bienes públicos, donde es aún más sentida y urgente la necesidad de una administración fiel y honesta, dado que en este ámbito el administrador está llamado a asumir la responsabilidad de los intereses de una comunidad, que van mucho más allá de los individuales o de los que se derivan de intereses particulares».



Pentecostés organizada por Servicio Internacional para la Renovación Carismática Católica (Charis)

## De las grandes pruebas se debe salir mejores

*Miles de fieles de más de seiscientos países rezaron juntos, unidos a través de los medios tradicionales y sociales en la gran vigilia de Pentecostés organizada por CHARIS, el servicio único internacional para la Renovación Carismática Católica, nacido hace un año por voluntad del Papa Francisco. Erigido el 8 de diciembre de 2018 por el Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, como organismo de comunión, sus estatutos entraron en vigor en Pentecostés 2019, cuando la Fraternidad católica de las comunidades carismáticas de alianza, conocida como Catholic Fraternity, y el International Catholic Charismatic Renewal Services (ICCRS) cesaron definitivamente su actividad. La cita online estaba fijada para la tarde del sábado 30 de mayo, a las 22 horas de Roma para una vigilia ecuménica en la que intervino también el Pontífice con un mensaje de vídeo en español. Publicamos, a continuación, la transcripción.*

**C**uando llegó la fiesta de Pentecostés todos los creyentes se encontraban reunidos en un mismo lugar. Así comienza el segundo capítulo del libro de los Hechos de los Apóstoles que acabamos de escuchar. También hoy, gracias a los avances técnicos, estamos reunidos, creyentes de diversas partes del mundo, en la vigilia de Pentecostés. El relato continúa: «De repente un gran ruido que venía del cielo, como de un viento fuerte, sonó en toda la casa donde estaban. Y se les aparecieron como lenguas de fuego, repartidas sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo» (vv. 2-4).

El Espíritu se posa sobre cada uno de los discípulos, sobre cada uno de nosotros. El Espíritu prometido por Jesús viene a renovar, a convertir, a sanar a cada uno de nosotros. Viene a sanar los miedos —cuántos miedos tenemos—, las inseguridades; viene a sanar nuestras heridas, las heridas que nos hacemos también unos con otros; y viene para convertirnos en discípulos, discípulos misioneros, testigos llenos del coraje, de la parroquia apostólica, que son necesarios para la predicación del Evangelio de Jesús, como leemos en los versículos siguientes que sucedió con los discípulos.

Hoy más que nunca necesitamos que el Padre nos envíe el Espíritu Santo. En el capítulo primero de los Hechos de los Apóstoles, Jesús dice a sus discípulos: «Esperen que se cumpla la promesa que mi Padre les hizo, y de la cual yo les hablé. Es cierto que Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo» (v. 4). Y, en el versículo 8, les dice: «Cuando el Espíritu venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí en Jerusalén, y en toda la región de Judea y en la de Samaria y hasta en las partes más lejanas de la tierra».

Testimonio de Jesús. A este testimonio nos conduce el Espíritu Santo. Hoy el mundo sufre, está herido; vivimos en un mundo muy herido, que sufre, especialmente en los más pobres, que son descartados, cuando todas nuestras seguridades humanas han desaparecido, el mundo necesita que le demos a Jesús. Necesita nuestro testimonio del Evangelio, el Evangelio de Jesús. Ese testimonio solamente lo podemos dar con la fuerza del Espíritu Santo.

Necesitamos que el Espíritu nos dé ojos nuevos, abra nuestra mente y nuestro corazón para enfrentar este momento y el futuro con la lección aprendida: somos una sola humanidad. No nos salvamos solos. Nadie se salva solo. Nadie. San Pablo dice en la epístola a los Gálatas: «Ya no importa ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, porque todos unidos a Cristo somos uno solo, un cuerpo solo» (cf. 3, 28), cohesionado por la fuerza del Espíritu Santo. Por este bautismo del Espíritu Santo que Jesús anuncia. Lo sabemos, lo sabíamos, pero esta pandemia que vivimos nos lo ha hecho experimentar de una manera mucho más dramática.

Tenemos por delante el deber de construir una realidad nueva. El Señor la hará; nosotros podemos colaborar: «Yo hago nuevas todas las cosas», dice (Ap 21, 5). Cuando salgamos de esta pandemia, no podremos seguir haciendo lo que veníamos haciendo, y cómo lo veníamos haciendo. No, todo será distinto. Todo el sufrimiento no habrá servido de nada si no construimos entre todos una sociedad más justa, más equitativa, más cristiana, no de nombre, sino en realidad, una realidad que nos lleva a una conducta cristiana. Si no trabajamos para terminar con la pandemia de la pobreza en el mundo, con la pandemia de la pobreza en el país de cada uno de nosotros, en la ciudad en donde vive cada uno de nosotros, este tiempo habrá sido en vano.

De las grandes pruebas de la humanidad, y entre ellas de la pandemia, se sale o mejor o peor. No se sale igual. Yo les pregunto: ¿Cómo quieren salir ustedes? ¿Mejores o peores? Y es por eso que hoy nos abrimos al Espíritu Santo para que sea Él, quien nos cambie el corazón y nos ayude a salir mejores.

Si no vivimos para ser juzgados según lo que nos dice Jesús: «Porque tuve hambre y me dieron de comer, estuve preso y me visitaron, forastero y me recibieron» (cf. Mt 25, 35-36), no vamos a salir mejores.

Y esta es tarea de todos, de todos nosotros. Y también de ustedes los de CHARIS, que son todos los carismáticos unidos.

El tercer documento de Malinas, escrito en los años 70 por el cardenal Suenens y el obispo Helder Camara, que se llama: Renovación Carismática y Servicio del Hombre, le marca este camino a la corriente de gracia. ¡Sean fieles a este llamado del Espíritu Santo! Me vienen ahora a la memoria las palabras proféticas de Juan XXIII cuando anuncia el Concilio Vaticano y que la Renovación Carismática atesora especialmente: «Dígnese el Divino Espíritu escuchar de la forma más consoladora la plegaria que asciende a Él desde todos los rincones de la Tierra: Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés, y concede que la Santa Iglesia, permaneciendo unánime en la oración, con María, la Madre de Jesús y bajo la guía de Pedro, acreciente el Reino del Divino Salvador, Reino de Verdad y de Justicia, Reino de Amor y de Paz».

A todos ustedes, les deseo en esta vigilia la consolación del Espíritu Santo. Y la fuerza del Espíritu Santo para salir de este momento de dolor, tristeza y de prueba que es la pandemia; para salir mejores.

Que el Señor los bendiga y la Virgen Madre los cuide.

En la audiencia general el Papa habla de la oración de Abrahán

# No hay que tener miedo de discutir con Dios

Incluso «discutir» y «enfadarse» con Dios puede ser «una forma de oración», porque «solo un hijo es capaz de enfadarse con el padre y después volver a encontrarlo». Lo dijo el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 3 de junio, que se llevó a cabo en la Biblioteca privada del Palacio apostólico Vaticano, sin presencia de fieles, a causa de la pandemia de covid-19. Continuando con el ciclo de catequisis iniciadas el 6 de mayo, el Pontífice centró su meditación en la oración de Abrahán.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

**H**ay una voz que resuena de improviso en la vida de Abrahán. Una voz que lo invita a emprender un camino que parece absurdo: una voz que lo empuja a desarraigarse de su patria, de las raíces de su familia, para ir hacia un futuro nuevo, un futuro diverso. Y todo sobre la base de una promesa, de la que solo hay que fiarse. Y fiarse de una promesa no es fácil, hace falta coraje. Y Abrahán se fio.

La Biblia guarda silencio sobre el pasado del primer patriarca. La lógica de las cosas hace suponer que adoraba a otras divinidades; tal vez era un hombre sabio, habituado a escrutar el cielo y las estrellas. El Señor, de hecho, le promete que su descendencia será numerosa como las estrellas que recorren el cielo. Y Abrahán parte. Escucha la voz de Dios y se fía de su palabra. Esto es importante: se fía de la palabra de Dios. Y con su partida nace un nuevo modo de concebir la relación con Dios; es por este motivo por el que el patriarca Abrahán está presente en las grandes tradiciones espirituales judía, cristiana e islámica como el perfecto hombre de Dios, capaz de someterse a Él, también cuando su voluntad se revela ardua, si no incluso incomprendible.

Abrahán es, por lo tanto, el hombre de la Palabra. Cuando Dios habla, el hombre se convierte en receptor de esa Palabra y su vida, en el lugar en el que esta pide encarnarse. Esta es una gran novedad en el camino religioso del hombre: la vida del creyente comienza a concebirse como vocación, es decir, como llamada, como lugar donde se realiza una promesa; y se mueve en el mundo no tanto bajo el peso de un enigma sino con la fuerza de esa promesa, que un día se cumplirá. Y Abrahán creyó en la promesa de Dios. Creyó y partió, sin saber dónde iba - así lo dice la Carta a los Hebreos (cf. 11, 8). Pero se fio.

Leyendo el libro del Génesis, descubrimos cómo Abrahán vivió la oración en la fidelidad continua a aquella palabra, que periódicamente se asomaba a lo largo de su camino. En síntesis, podemos decir que en la vida de Abrahán la fe se hace historia. La fe se hace historia. De hecho, Abrahán, con su vida, con su ejemplo, nos enseña este camino, este camino en el que la fe se hace historia. Dios ya no es visto solo en los fenómenos cósmicos, como un Dios lejano, que puede inspirar terror. El Dios de Abrahán se convierte en "mi Dios", el Dios de mi historia personal, que guía mis pasos, que no me abandona; el Dios de mis días, el compañero de mis aventuras; el Dios providencia. Yo me pregunto y os pregunto: ¿No tenemos esta experiencia de Dios? "Mi Dios", el Dios que me acompaña, el Dios de mi historia personal, el Dios que me guía en mis pasos, que no me abandona, ¿el Dios de mis días? ¿Tenemos esta experiencia? Pensemos un poco.

Esta experiencia de Abrahán es atestiguada también por uno de los textos más originales



*Abrahán es, por lo tanto, el hombre de la Palabra. Cuando Dios habla, el hombre se convierte en receptor de esa Palabra y su vida, en el lugar en el que esta pide encarnarse. Esta es una gran novedad en el camino religioso del hombre: la vida del creyente comienza a concebirse como vocación*

de la historia de la espiritualidad: El Memorial de Blaise Pascal. Empieza así: «Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios. Certeza, certeza. Sentimiento. Alegría. Paz. Dios de Jesucristo». Este memorial, escrito en un pequeño pergamino y encontrado después de su muerte cosido dentro de un vestido del filósofo, expresa no una reflexión intelectual que un hombre sabio como él puede concebir sobre Dios, sino el sentido vivo, experimentado, de su presencia. Pascal anota incluso el momento preciso en el que sintió esa realidad, habiéndola encontrado finalmente: la tarde del 23 de noviembre de 1654. No es el Dios abstracto o el Dios cósmico, no. Es el Dios de una persona, de una llamada, el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, el Dios que es certeza, que es sentimiento, que es alegría.

«La oración de Abrahán se expresa primeramente con hechos: hombre de silencio, en cada etapa construye un altar al Señor» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2570). Abrahán no edifica un templo, sino que esparce en el camino piedras que recuerdan el tránsito de Dios. Un Dios sorprendente, como cuando le visita en la figura de tres huéspedes, que él y Sara acogen con premura y que les anuncian el nacimiento de su hijo Isaac (cf. *Génesis* 18,1-15). Abrahán tenía cien años y su mujer, noventa, más o menos. Y creyeron, se fieron de Dios. Y Sara, su mujer, concibió. ¡A esa

edad! Este es el Dios de Abrahán, nuestro Dios, que nos acompaña.

Así Abrahán se convierte en familiar de Dios, capaz incluso de discutir con Él, pero siempre fiel. Habla con Dios y discute. Hasta la prueba suprema, cuando Dios le pide que sacrifique al propio hijo Isaac, el hijo de la vejez, el único heredero. Aquí Abrahán vive la fe como un drama, como caminar a tientas en la noche, bajo el cielo esta vez privado de estrellas. Y muchas veces, nos sucede también a nosotros, caminar en la oscuridad, pero con la fe. Dios mismo detendrá la mano de Abrahán lista para golpear, porque ha visto su disponibilidad realmente total (cf. *Génesis* 22, 1-19).

Hermanos y hermanas, aprendamos de Abrahán, aprendamos a rezar con fe: escuchar al Señor, caminar, dialogar hasta discutir. No tengamos miedo de discutir con Dios. Diré también algo que parece una herejía. Muchas veces he escuchado a gente que me dice: "Sabes, me ha sucedido esto y me he enfadado con Dios" - "¿Tú has tenido el valor de enfadarte con Dios?" - "Sí, me he enfadado" - "Pero esta es una forma de oración". Porque solo un hijo es capaz de enfadarse con el padre y después volver a encontrarlo. Aprendamos de Abrahán a rezar con fe, a dialogar, a discutir, pero siempre dispuestos a acoger la palabra de Dios y a ponerla en práctica. Con Dios, aprendamos a hablar como un hijo con su padre: a escucharlo, responder, discutir. Pero transparente, como un hijo con el padre. Así nos enseña Abrahán a rezar. Gracias.

*El racismo es un «pecado» que «no podemos tolerar»: lo reafirmó el Pontífice dirigiéndose a los fieles de lengua inglesa al finalizar la catequisis, y manifestando su «gran preocupación» por las violentas protestas que se están dando en Estados Unidos después de la muerte de George Floyd. Después, el Papa saludó a los diferentes grupos de fieles que siguieron la audiencia a través de los medios.*

**S**aludo cordialmente a los fieles de lengua española que siguen esta catequisis a través de los medios de comunicación social. Pidamos al Señor que nos conceda aprender a orar con la misma fe de Abrahán, que seamos dóciles y disponibles a acoger su voluntad y a ponerla en práctica, como hijos e hijas que confían en su providencia paterna. Que Dios los bendiga.